

LIBRO II.
LA LUCHA.

CONSIDERACIONES GENERALES.

La Iglesia y sus defensores maldicen el siglo xviii, porque unos hombres llamados filósofos se atrevieron á atacar á la revelacion de Dios. ¿Acaso data de ayer la lucha de la filosofía y la religion? Es una extraña ilusion y una ceguera igualmente extraña. La filosofía y la religion no pueden vivir en armonía más que con una condicion: que la religion no proceda de una revelacion milagrosa, y que no proclame dogmas que la razon no pueda aceptar. Si, por el contrario, la religion pretende ser de origen divino; si como base de sus creencias establece misterios que la inteligencia humana no concibe ó que rechaza, la concordia entre la religion y la filosofía es imposible. La filosofía, por el mero hecho de proceder de la razon, debe ponerse en oposicion con una religion que contraría á la razon. Nada prueba mejor cuán inevitable es esta oposicion, que el destino de la filosofía en la Edad Media. Era aquélla una época de fe universal; los filósofos eran cristianos, y sin embargo, apénas empiezan á filosofar, llegan á sistemas absolutamente incompatibles con el cristianismo. ¿Quién habia de creer que Espinosa, el príncipe de los libres pensadores, ha tenido precursores en la Edad Media? Y, sin embargo, el hecho es incontestable. Las alarmas de la Iglesia prueban que tenía conciencia del peligro que corria, pero prueban tambien que la alianza de la filosofía y del cristianismo es la más imposible de todas las imposibilidades. Jamas ha habido ni habrá pensadores tan sinceramente cristianos como los filósofos escolásticos; y en cuanto empiezan á pensar, la Iglesia se ve obligada á reprobarlos;

los condena á todos, condena lo mismo á los nominalistas que á los realistas (1). Es decir, que la filosofía misma queda proscrita. La Iglesia no la consiente más que en tanto que rebaja su papel hasta el de esclava de la teología, lo cual equivale á decir que la Iglesia no admite la ciencia más que en tanto cuanto abdica su libertad, para pensar como ella, ó áun mejor, para no pensar.

La filosofía puede, al parecer, aceptar estas cadenas, pero nunca es más que al parecer. Dios ha dotado al hombre del libre pensamiento; si éste es su tormento, es también en cambio su grandeza. No puede el espíritu humano renunciar á pensar libremente, como no puede cambiar de naturaleza. Cuando una fuerza exterior lo comprime, se doblega bajo la coacción, pero reobrando con doble energía contra los que le han violentado. La Italia, asiento de una Iglesia intolerante, ha sido siempre la tierra privilegiada de la incredulidad. ¿Cómo los filósofos que se llamaban cristianos podían profesar una doctrina que negaba la inmortalidad del alma, que negaba á Dios mismo? La filosofía incrédula fué una insurrección contra la tiranía de la Iglesia, y los filósofos transigieron con esta tiranía, afectando un profundo respeto hácia la fe, que decían no tenía nada de comun con la razón: como cristianos, creían todo lo que la Iglesia mandaba creer, y ante todo la existencia de un Dios creador y la inmortalidad de las criaturas; como filósofos, les estaba permitido negar la creación y la vida inmortal del individuo. Jamás fué más sangrienta la oposición entre la religión y la filosofía. La Iglesia acabó por ver que aquella filosofía tan respetuosa la conducía directamente á su ruina. Pero por más que prohibió á los filósofos el enseñar que había cosas verdaderas según la fe, que eran falsas según la razón, la contradicción existía y era insoluble.

Los defensores de la ortodoxia guardan á la reforma tanto rencor por lo ménos como á la filosofía del siglo XVIII. Son tan ciegos en sus odios como en sus predilecciones. Léjos de inaugurar el reinado del libre pensamiento, los reformadores lo detuvieron, dando una nueva fuerza á la fe. Es una prueba más que atestigua la profunda incompatibilidad entre la filosofía y el cristianismo.

(1) Véase mi *Estudio sobre la Reforma*.

tradicional. Lutero era un cristiano sincero, y porque era cristiano, persiguió con sus invectivas á la razón y á los filósofos. La recrudescencia de la fe, fruto del protestantismo, no fué de larga duración. Se puede entorpecer momentáneamente el curso del libre pensamiento; pero á la larga jamás se le encadena, porque sería destruir la obra del Creador. Apenas ha transcurrido el siglo de la reforma, cuando comienza el de la filosofía, y entre los filósofos del siglo XVII se encuentra el libre pensador por excelencia, Espinosa. No todos los filósofos tuvieron la misma audacia. Por el contrario, lo que distingue á los pensadores del siglo XVII es el respeto hácia el cristianismo; hay más, se llaman cristianos, y sería hacerle una injuria el dudar de su buena fe. Su respeto no es ya aquella irónica sumisión de los incrédulos de Italia, que oculta un odio tanto más ardiente, cuanto que se ve obligado á reprimirse. Pero cuanto más se reconoce la fe en Descartes, Mallebranche y Leibnitz, más comprometida se ve la religión. Creían, no cabe duda, que su doctrina se conciliaba perfectamente con la ortodoxia cristiana. Pues bien, se concilia tan mal que la Iglesia los rechazó á todos como enemigos más ó ménos embozados de la religión, enemigos sin que se den cuenta de ello, lo cual prueba, más que la hostilidad declarada, la incompatibilidad radical de la filosofía y del cristianismo: si hombres, convencidos de que su doctrina apoyaba á los dogmas de la Iglesia, destruían, sin embargo, la religión, ¿no es una demostración matemática en cierto modo de que es imposible la armonía entre la filosofía y el cristianismo?

La hostilidad existía, pues, desde el siglo XVII entre la filosofía y el dogma; pero, salvo en Espinosa, se mantenía latente, hasta tal punto, que los filósofos mismos no se daban cuenta de ella: por el contrario, creían en la armonía de la filosofía y del cristianismo. Esto era una verdadera utopía. Dos principios contrarios no permanecen en presencia el uno del otro sin chocar entre sí. La lucha estalló con furia en el siglo XVIII. Se le llama el siglo de la filosofía. En cierto sentido, merece este nombre glorioso. La filosofía se convierte en acción; no es ya el pacífico pensamiento del siglo XVII, es un combate, y los combatientes están animados por las más violentas pasiones, el odio de lo pasado, el amor de la

humanidad, la aspiracion á una felicidad infinita que debe realizarse en esta tierra. ¿Por qué la filosofía, tan moderada, tan conservadora en el siglo de Descartes, se hace revolucionaria en el siglo de Voltaire? Si la filosofía no tuviese más mision que la de reinar en el séptimo cielo, en el terreno de las abstracciones, hubiera podido en rigor entenderse con el cristianismo, y jamas se hubiera llamado Voltaire y Rousseau. Pero habia llegado el tiempo en que el pensamiento moderno queria realizarse en las instituciones civiles y políticas. ¿Y cuál es el enemigo que tuvo que combatir? Todos los privilegiados del antiguo mundo, la Iglesia á su cabeza: era, por una parte, la inmovilidad tratando de conservar los abusos divinizándolos; era, por otra parte, el progreso tratando de romper la resistencia que encontraba, y no pudiendo romperla sin atacar á la religion, puesto que la religion encubria todos los abusos con su autoridad sagrada. Habia ademas una razon más personal para la hostilidad entre la filosofía y la Iglesia. El cristianismo tradicional no satisfacía ya á los sentimientos y á las ideas de la humanidad moderna. Desde la Edad Media habia en el seno de las sociedades cristianas una oposicion contra el concepto de la vida del catolicismo, y contra el principio milagroso en que se funda. La oposicion fué creciendo, y precisamente durante el siglo XVII, que se pretende fué tan completamente católico, adquirió un poder inmenso. Era el libre pensamiento, bajo todas sus fases y con todos sus excesos. Entre él y el catolicismo era inevitable la lucha, y una lucha á muerte.

Los defensores de la Iglesia ponen el grito en el cielo contra los excesos de los filósofos, y creen triunfar, como si los excesos y la filosofía fuesen una misma cosa. No notan que hay que imputarlos más bien al catolicismo que al libre pensamiento. Hemos dicho ya que el dogma católico conduce fatalmente al ateísmo. El siglo XVIII es una prueba viva de ello. ¿Por qué la filosofía ataca á la idea misma de religion? Por la sencillísima razon de que el catolicismo enseña que fuera de su seno no hay religion posible. Los libres pensadores no querian ya en manera alguna el cristianismo tradicional; se les predicaba en todos los tonos que el catolicismo es la religion en esencia; desde aquel punto, para anular al catolicismo, trabajaron por anular la religion. ¿A quién debemos

atribuir la falta? La filosofía del siglo XVIII amaneció en un país católico; hubiera sido imposible en el seno de una nacion protestante. Es decir, que la Iglesia tiene la culpa de sus extravíos: no debemos acusar y perseguir con nuestras maldiciones á los que verifican las revoluciones, sino á los que las hacen necesarias.

Sin embargo, desde el siglo XVI, el patriarca de los libres pensadores habia opuesto á la religion revelada la religion llamada natural. Esto implica que la religion está en la naturaleza del hombre, que es para él una necesidad, y que encuentra en las facultades de que Dios le ha dotado los medios de satisfacerla. Esta idea no pereció; la volvemos á hallar en el siglo XVIII, y á pesar de las burlas de los ortodoxos sobre esta religion imaginaria, es muy real, tan real que diariamente gana terreno sobre la ortodoxia. El formidable luchador, de quien la reaccion católica quisiera hacer un Satanás, mantuvo contra los ultras de su partido la nocion fundamental de toda religion, la de Dios. En lugar de arrastrar por el suelo á Voltaire, se le debería glorificar, porque si destruye el catolicismo, al ménos salvó la idea religiosa. Su rival, igualmente odioso á los reaccionarios, fué más léjos. Rousseau se inspira en el sentimiento, al paso que Voltaire procede de la razon. Ahora bien, hay en la religion, aún en la natural, creencias de las que la razon no puede dar una demostracion matemática, por más que la conciencia las afirme con tanta fuerza como si se tratase de una verdad geométrica. Voltaire tenía algunas veces dudas sobre la inmortalidad del alma; Rousseau no duda en hacer de ella un dogma de su religion.

La *Profesion de fe del vicario saboyano* fué el principio de una reaccion religiosa. En su origen esta reaccion era muy legítima, porque combatía el materialismo de los ateos. Pero la revolucion le dió otra direccion y una tendencia muy diferente de la inspiracion de Rousseau. La revolucion hubiera querido realizar en veinte y cuatro horas lo que no debia cumplirse sino en el espacio de algunos siglos. Hizo tabla rasa lo mismo en la religion que en la política, y se puso á construir una religion nueva reemplazando los altares de Cristo por los del Sér Supremo. En las capas inferiores se fué más léjos; el culto de la Razon degeneró en bacanales. Las almas religiosas se asustaron de aquellos excesos; de aquí

un regreso muy natural á las antiguas creencias que, despues de todo, valian más que los desórdenes de la diosa Razon. Ademas la persecucion, por legítima que fuese bajo ciertos puntos de vista, robusteció á la antigua Iglesia: se regeneró y adquirió nuevas fuerzas. En fin, el espantoso cataclismo á que condujo un siglo filosófico, disgustó de la filosofia á todos aquellos cuyos intereses sufrieron con el movimiento del 89 y del 93. De aquí el poder creciente de la reaccion religiosa.

La reaccion por su parte traspasó todos los límites. Volvió á las creencias más supersticiosas: los santos, la Virgen, las reliquias volvieron á estar en boga. Con las supersticiones del pasado, se quiso igualmente restaurar el poder de la Iglesia, que encuentra en ellas su más sólido apoyo. El espíritu de dominacion ha caracterizado siempre al catolicismo: se produce en pleno siglo XIX con una energía singular. Si se dejase obrar á los reaccionarios, restablecerian la inquisicion y sus hogueras. ¿Cómo puede durar una reaccion tan ciega, tan falta de inteligencia en una edad que se vanagloria de sus luces? Es preciso ante todo tener en cuenta los intereses alarmados por las revoluciones cada vez más radicales que amenazan destruir la sociedad en sus fundamentos: ¡cuántos de esos pretendidos creyentes que llenan las iglesias no creen más que en una cosa, en sus pesetas! Hay que tener en cuenta tambien la estupidez humana cultivada durante siglos. La educacion de las generaciones nacientes que la sociedad civil abandona al clero con una culpable negligencia, es el instrumento más poderoso de su dominacion; por sí sola bastaria para encadenar á la humanidad, si Dios pudiese permitir que la humanidad permaneciese en las cadenas de la ignorancia y de la supersticion.

Sin embargo, aquellos malos sentimientos no explican suficientemente la extension y la persistencia de la reaccion religiosa. Falta siempre saber cómo las generaciones educadas por Voltaire y Rousseau han podido volver á los altares que sus padres habian abandonado con desprecio. Hay un sentimiento más puro, más legítimo en la reaccion religiosa que la innoble supersticion y la ambicion más innoble todavía que saca partido de ella, y es la necesidad de la fe. Los filósofos no triunfaron sobre el cristianismo

tradicional, porque la filosofia del último siglo no satisface la necesidad imperiosa que siente el hombre de creer en un Dios bueno y justo, en su providencia, en la inmortalidad de los seres á quienes ha dado existencia. La religion, á pesar de sus creencias supersticiosas, volvió á ganar parte del terreno que habia perdido, porque al ménos da un alimento al sentimiento religioso.

Hay en los dos movimientos opuestos de destruccion y de reaccion que tienen lugar en los siglos XVIII y XIX una grande enseñanza. No basta la destruccion: los hombres no abandonarán jamas una fe, por imperfecta que sea, por la nada; creen que más vale un abrigo cualquiera contra las tormentas de la vida, que estar expuesto, desnudo y sin defensa alguna, á todas las tempestades. Miétras dura el combate, los que en él toman parte pueden entusiasmarse con la demolicion que llevan á cabo; pero cuando el suelo está sembrado de ruinas y se extingue el ardor de la batalla, ¿qué queda á los luchadores? ¿Qué queda á los que, ajenos á la lucha, no tienen interes en dejar su estancia, por miserable que sea, para acampar sobre las ruinas? El tiempo de la destruccion ha pasado; por mejor decir, solamente reconstruyendo podemos destruir lo que sobrevivió á los golpes del siglo XVIII. Elevemos un edificio majestuoso que pueda recibir á cuantos pidan un abrigo, y se apresurarán á dejar sus barracas. ¿Cómo construir este nuevo templo? ¿Basta amontonar piedras informes que yacen acá y allá, tristes restos de la antigua religion? No es con materiales usados, podridos, como se construye un edificio duradero. No es en lo pasado donde hay que inspirarse, cuando se quiere fortalecer las creencias religiosas, sino en el porvenir. Es preciso que el pasado se transforme bajo la influencia de los sentimientos y de las ideas cuyo gérmen deposita Dios en el seno de la humanidad. Aprovechemos la leccion y empecemos la obra: no nos faltará el apoyo de Dios.